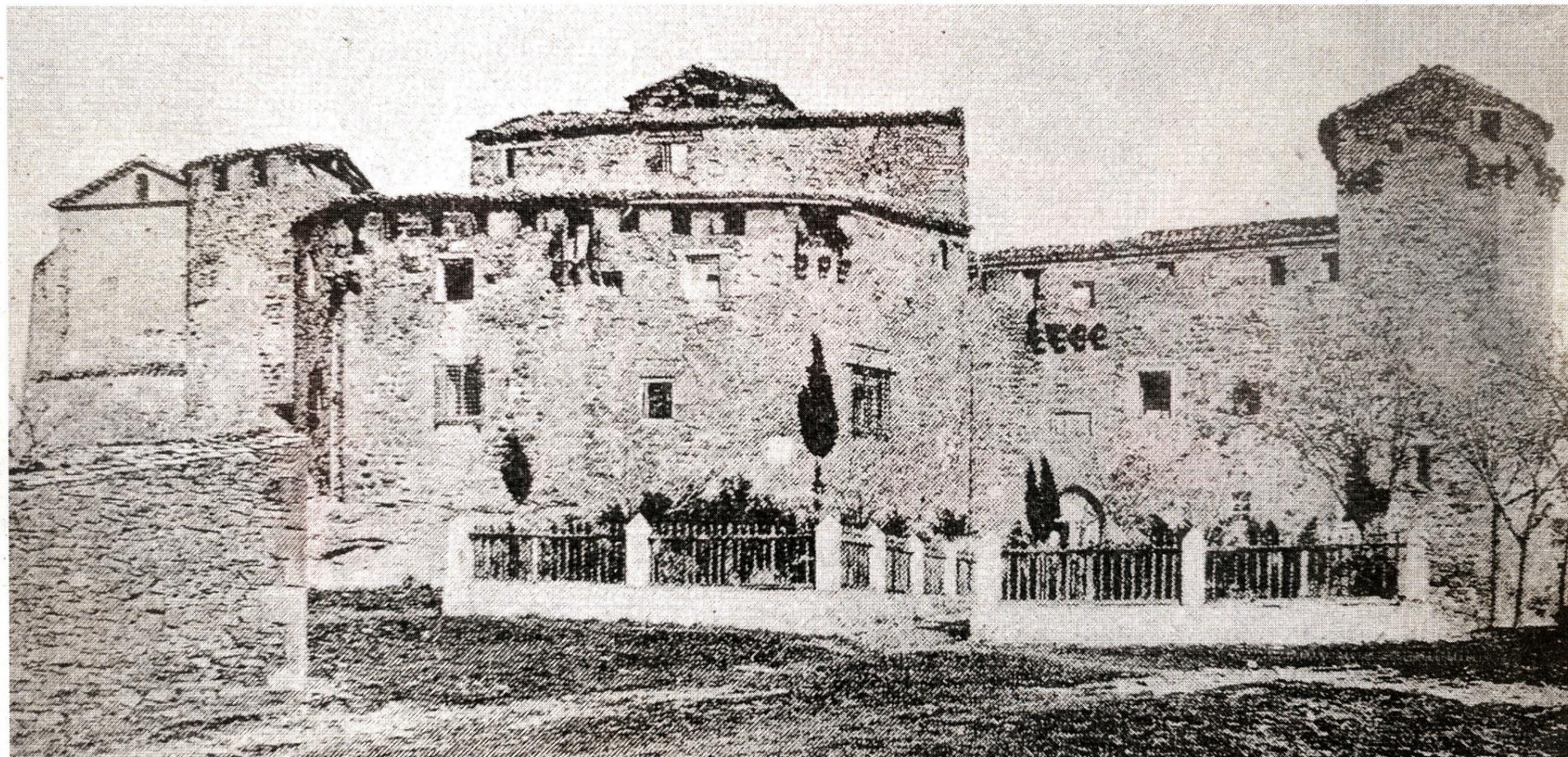


TRIBUNA CULTURAL. El autor repasa la historia del Castillo de Javier, que empieza como una torre en el siglo X, se desarrolla en la Edad Media, es destruido en 1516 y decae hasta que es sometido a dos grandes restauraciones en 1896 y a partir de 1952

El castillo de Javier, solar y cuna del santo



El castillo, antes de la restauración de 1896. Foto Juaristi y Mariezcurrena.

Juan José Martinena

LOS orígenes de este emblemático castillo se remontan al siglo X, cuando era una simple torre o atalaya de vigilancia. Antes existió otra más antigua, tal vez de la época romana, en El Castellar, a considerable distancia del castillo actual. Cuando en 1134 se separaron los reinos de Navarra y Aragón, Javier pasó a ser un pequeño enclave aragonés en la nueva línea fronteriza. El señor que lo poseía en 1217, don Ladrón Périz, lo empeñó al rey Sancho el Fuerte. En 1223 pertenecía al infante Fernando de Aragón, quien se lo cedió al monarca navarro en garantía de un préstamo de 9.000 sueldos. Como no pudo restituirlo, el castillo quedó en poder de don Sancho, pasando a ser una posición defensiva avanzada, pero ahora ya de Navarra frente a Aragón. Muerto el rey sin descendencia, en 1236 Adán de Sada prestó homenaje a Teobaldo I de Chapaña, quien en 1252 cedió el castillo a Martín Aznárez de Sada, a cambio del lugar de Ordoiz y otras posesiones.

Su hijo Gil Martínez de Sada, prestó homenaje a la reina doña Juana en 1281 y lo mismo su sucesor Aznar Martínez de Sada en 1303. Rodrigo Aznárez de Sada lo renovó en 1329 ante los reyes Juana II y Felipe de Evreux a cuenta del pago de una mesnada de cuarenta libras anuales. Durante las guerras civiles que asolaron Navarra en el siglo XV, el linaje siguió el bando beaumontés, por lo que en 1455 fue atacado por las huestes de mosén Pierres de Peralta. En 1474, el castillo y el lugar pertenecían a doña Juana Aznárez de Sada, que casó con don Martín de Azpilcueta, señor del palacio del mismo nombre en el valle de Baztán. Su hija María de Azpilcueta casó a su vez con el doctor Juan de Jaso, oidor del Consejo Real. De este matrimonio nacería en 1506, en uno de los aposentos del castillo, Francisco de Jaso y Azpilcueta, nuestro San Francisco Javier, el Apóstol de Oriente, Copatrono

de Navarra.

La destrucción de 1516

Cuando la conquista de Navarra por Fernando el Católico en 1512, los dueños del castillo permanecieron leales a los reyes Juan de Labrit y Catalina de Foix, lo que les enemistó con las nuevas autoridades castellanas. En 1516, por orden del Cardenal Cisneros, Regente de Castilla, fue arrasada la barbacana que rodeaba la fortaleza. Las torres fueron desmochadas y la del homenaje rebajada casi a la mitad. Matacanes y almenas fueron demolidos y el foso cegado con los materiales del derribo. El duque de Nájera, entonces virrey de Navarra, declaró más tarde que "fue por orden del Cardenal Gobernador de España que yo hice demoler lo fuerte de la casa de Xavier. En cuanto a la causa de la demolición, todo lo que yo sé es que se decía que allí se reunían los deservidores de Sus Majestades... Yo he de decir que el Cardenal ordenó la demolición de la casa toda entera, y que sin embargo se redujo a demoler la parte fuerte de ella; el resto, según contaron los mismos que hicieron la dicha demolición, fue conservado para que lo pudieran habitar". Era lo que entonces se llamaba desportillar un castillo o hacer casa llana de una casa fuerte, como era la de Javier.

Tras esta mutilación, el antiguo solar inició su decadencia. Sus señores eran los vizcondes de Zolina y en 1625, al tiempo de la canonización del Santo, Felipe IV concedió el título de conde de Javier a don Juan de Garro. El castillo, despojado de sus elementos defensivos, mantuvo la condición de palacio cabo de armería, y como tal figura ya en una relación del año 1637. Su escudo, según consta en el Libro de Armería del Reino, es de gules, con un creciente renversado de plata bordeado por un jaquelado de dos series de plata y sable; faja de dos series de jaquelado de lo mismo y campo de plata. El señor de Javier era uno de los 74 nobles que tenían el privilegio de ser llamados a las Cortes de Navarra dentro de la que se decía nómina antigua, considerada la de mayor lustre y abolengo, y

como tal fue convocado por el virrey marqués de Almazán a las que se celebraron en 1580.

Dos grandes restauraciones

En 1896, la duquesa de Villahermosa y condesa de Javier D^a María del Carmen Azlor de Aragón emprendió la restauración del castillo, que vino a alterar muchos elementos originales que aún conservaba a pesar de su deterioro. El arquitecto Ángel Goicoechea, discípulo de Madrazo y del marqués de Cubas, siguiendo los deseos de la ilustre dama, tuvo que modificar sobre la marcha el proyecto original, historicista pero bien documentado y asesorado por el académico don José Ramón Mélida. Fue entonces cuando se erigió, adosada a la fábrica medieval, la actual basilica de estilo neogótico, consagrada en 1901, con su torre-campanario y una cripta para enterramiento de los duques. La nueva iglesia vino a reemplazar a otra más modesta, construida en el siglo XVII, que ocupaba el solar del desaparecido Palacio Nuevo, un anexo que se le añadió al castillo a finales del siglo XV para dar mayor amplitud a la residencia familiar, en una de cuyas cámaras, hoy desaparecida, nació San Francisco Javier.

A partir de 1952, con el asesoramiento del P. José María Recondo, se iniciaron importantes obras de restauración, que devolvieron en parte al castillo su casi perdida fisonomía medieval. Previamente se practicó una metódica excavación, que dio como resultado la recuperación del foso y de la barbacana con las dos puertas exteriores, que fueron reconstruidas con sus puentes levadizos, en la forma que se ven en la actualidad. Aparecieron también cerámicas variadas, puntas de flecha, herrajes y otras diversas piezas de interés arqueológico. Hace ahora diez años, con ocasión del quinto centenario del nacimiento del Santo, el Departamento de Cultura-Institución "Príncipe de Viana" del Gobierno de Navarra, llevó a cabo nuevas obras de rehabilitación.

En torno a la torre primitiva del siglo X, llamada de San Miguel y también la Torraza,

con su basamento de aparejo a gran tizón, se fueron añadiendo, entre los siglos XIII y XV, los distintos recintos que configuran la actual estructura del castillo. En una primera fase, posiblemente en el siglo XI, se le adosó a la torre el reducido núcleo que la envuelve, integrado por la capilla de San Miguel y el llamado Cuarto del Santo. A finales del siglo XIII se debió de construir el polígono delantero, de planta trapezoidal, en cuyo interior se hallaban situadas las dependencias señoriales, entre ellas la conocida hoy como Sala Grande. El conjunto se completó en el siglo XV con el añadido de la torre llamada de Undués, de planta achaflanada, con sus almenas, saeteras, ladroneras y matacanes volados en las esquinas. Y con el polígono zaguero o trasero, de planta casi semicircular, que terminó de configurar la estructura en torno al patio de armas, y en el que se hallaban situadas las dependencias de servicio: bodegas, graneros, trujales y caballerizas. Entre la torre de Undués y el polígono delantero se abre la puerta principal: un arco apuntado de grandes dovelas, con una interesante labra heráldica sobre la clave y defendida por una ladronera. La triple labra ostenta el blasón del solar de Javier, flanqueado por dos ángeles, a su diestra el escudo cuartelado de los linajes de Jaso y Atondo, y a la siniestra el también cuartelado de los Aznárez de Sada y Azpilcueta. Esta heráldica, que data de finales del siglo XV, se debe al doctor don Juan de Jaso y Atondo, oidor del Consejo Real de Navarra, y a su mujer doña María de Azpilcueta y Aznárez de Sada, señores del castillo y padres de San Francisco Javier. Al otro lado del polígono delantero, contigua a la basilica neogótica, se levanta la torre llamada del Cristo, de planta semicircular, que alberga en su interior la primitiva capilla, con sus pinturas murales de la Danza de la Muerte, de hacia 1500, que aparecieron en las obras de restauración y constituyen un ejemplar único en España. Del Cristo que preside la capilla, refiere una antigua tradición —recogida ya por el P. Moret— que sudó sangre en varias ocasiones, la última el 3 de diciembre de 1552, mientras nuestro Santo Patrono agotaba su vida en el lejano Oriente, entregado a su predicación apostólica.